

# La Novela Film

úm. 117

30 cts.



Los súbditos de S. M. el Jazz-band





# LA NOVELA FILM

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Cortes, n.º 651  
Administración } BARCELONA

Año II

N.º 117

## Los súbditos de S. M. el Jazz-band

COMEDIA AMERICANA

interpretada por los excelentes artistas

Eileen Percy,	en el rôle de	<i>Babs</i>
Teodoro Kosloff,	» » »	<i>Ricardo Forestall</i>
Ricardo Cortez,	» » »	<i>Teodoro Carter</i>
Robert Cain,	» » »	<i>Antonio</i>
Irene Dalton,	» » »	<i>Rita</i>
Alec B. Francis,	» » »	<i>Juan Weston</i>
		etc.

❖  
Paramount Pictures Corporation  
❖

EXCLUSIVA DE  
SELECCINE S. A.



## Los súbditos de S. M. el Jazz-band

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Bajo los hielos de una alegre Nochebuena neoyorquina, un buque americano, procedente de un puerto del Mediterráneo, se acercaba al fin de su viaje.

Figuraban entre los pasajeros, Juan Weston, que, después de un año de viaje por Turquía y Asia Menor, tenía ya grandes deseos de pasar la Navidad en su casa al lado de su única hija Babs, de cuyo retrato no se separaba nunca; y Ricardo Forestall, un joven militar y aventurero, comandante de una expedición americana a Esmirna.

Una cordial amistad unía a los dos compatriotas. Durante los días de navegación brotaron las íntimas confidencias confesándose mutuamente sus existencias errantes. Y el azar, el dios misterioso que acerca los destinos de los hombres, quiso que Weston y Forestall fueran algo más que compañeros unidos por la casualidad. Era el caso que Forestall, en otro tiempo, había amado a la hija de Juan Weston y ahora al regresar a Nueva York pensaba cumplir la promesa de tomarla por esposa, con el consentimiento paternal.

Celebró Weston los propósitos de Ricardo, y como conocía el valor y la honradez intachable de éste, de buena gana concedió su autorización para el enlace. Ignoraba los antiguos amores de su hija, pero ello era comprensible: hombre de negocios, sumergido en la voluptuosidad del comercio, se había ocupado poco de su Babs, aunque la adorase

*Prohibida la  
reproducción*

*Revisado por  
la censura*



con delirio. Y en el mismo buque que le retornaba a la patria, hallaba al que había de ser marido de su hija. ¡Simpático encuentro!

Aquella noche, que toda la humanidad, como todos los años, celebraba con un regocijo incomparable, el buque fondeaba en el puerto de Nueva York.

—Terminó ya nuestro viaje, Forestall. Hoy será usted mi invitado, vendrá conmigo a mi casa y los dos juntos daremos una sorpresa a Babs—le dijo Weston al militar.

—¡Un año sin verla! ¡Me parecerá un sueño el encontrarme a su lado!

—No se apure. Es cuestión de breves horas...

Atracado el vapor, los pasajeros abandonaron el palacio flotante que durante doce días les había transportado por la inmensidad del mar. Forestall sentía la inquietud propia de todos los enamorados. ¿Cómo hallaría a Babs?... ¿Tan risueña, tan agradable, con aquella ternura de novia buena que le hacía feliz?... Recordaba su despedida al partir él para Oriente.

—Ricardo, esperaré tu regreso—le había dicho—. Mi amor será siempre sólo para tí.

Y ahora que sus correrías por el mundo habían terminado, iba a casarse con ella.

Pero la realidad era muy otra. Durante la larga ausencia de Weston y de Forestall, "Su Majestad el Jazz-Band" se había apoderado del hogar de Babs. En el tiempo en que su padre había estado ausente, Babs, libre de su prudente autoridad, se había dejado seducir por el ambiente de la sociedad moderna, frívola e inconstante, y era uno de esos ídolos mundanos cuyas excentricidades y caprichos se aceptan y se copian,

convirtiéndose pronto en tiránicas leyes que la moda impone.

Aquella noche de Navidad, Babs obsequiaba a sus amistades con una espléndida fiesta. Estaba invitado lo mejor de la sociedad de Nueva York. Todo lo que luce, todo lo que resplandece en los grandes salones se había congregado en el hogar de Babs. Los admiradores la rodeaban ambicionando por igual su gran fortuna y su belleza de muñequita grácil. Entre los más asiduos figuraba Teodoro Carter, teniente de aviación durante la gran guerra, uno de los últimos caprichos de la coqueta.

Babs había olvidado entre la sucesión de fiestas, a cual más hermosa, al novio lejano que en los campamentos de Esmirna la evocaba en las horas de combate.

Alejados del bullicio, Babs escuchaba las palabras amorosas de Teodoro.

—Babs, ¿cuándo vas a decidirme a aceptar mi amor? En prueba de él, te regalo esta sortija.

—¡Oh gracias, Teodoro! ¡Qué bonita es!... Pero... no puedo contestarte todavía.

—Llevo esperando mucho tiempo. Y tu amor es la única obsesión de mi vida.

—¡Exagerado! ¿A cuántas habrás dicho lo mismo?

—¡Por Dios, no bromees conmigo, Babs! Contéstame: ¿sí o no?...

—Ni sí ni no. ¿Lo quieres más claro?

Y levantándose, se apartó de él, con una sonrisa triunfadora. Quitóse la sortija que le había entregado y guardóse la en el escote. ¡Bah! No sentía gran amor por aquel hombre frívolo y superficial. Viendo acercarse a Antonio Bumbars,





—Babs, ¿cuándo vas a decidirte a aceptar mi amor?  
En prueba de él te regalo esta sortija.

le regaló una de sus miradas prometedoras. Antonio era otro de sus devotos, un nuevo admirador que hubiera enloquecido por ella, con la agravante que tenía novia y se pasaba la mayor parte del día riñendo con ella, que era Rita Graham, la cual estaba celosa y no sin fundamento, porque Antonio admiraba cada día más a Babs.

Emparejaron Antonio y Babs, y en el mismo sitio donde unos momentos antes Teodoro había declarado su pasión, la muchacha escuchó otra frase de amor. Y una nueva sortija adornó sus dedos pálidos, de uñas suavemente rosadas.

—¡Babs! ¡Es usted mi verdadero amor! ¡No hay obstáculo que se oponga a este grito de mi alma! ¡La quiero a usted! ¡Vamos a decírselo a todo el mundo!... ¡Que lo sepan todos!...

Pero ella, prudente, con la cautela de la mujer que no quiere comprometerse demasiado, le atajó con su insinuante sonrisa:



Ella le brindó una de sus miradas prometedoras.

—No, no, guardemos por ahora nuestro secreto. Tiempo habrá para contarlo.

Llegó Rita. Celosa, los separó de un modo violento. Babs, al ver un grupo numeroso de jóvenes que reían con la loca alegría de los años mozos, se perdió entre ellos, cantando canciones de moda. Antes escondió la sortija de Antonio, guardándola en el escote, como la otra. Las coleccionaba con un inalterable buen humor. Para ella los hombres eran muñecos, polichinelas que divertían... Nada más.

Unas muchachas alzaban en alto un monigote, vestido de seda.

—Vamos a ponerlo en la copa del árbol de





*Llegó Rita, que, celosa los separó de un modo violento.*

Navidad, y lo proclamaremos Rey del "Jazz-Band"—propuso Babs.

—Sí... sí... Y a bailar...

Y la música infernal, de negros, tocaba sin parar, aturdiendo con sus metálicos sonos y sus estridencias inauditas... Y era Medianoche... y entretanto, en los buenos hogares, una música pastoral, de canciones ingenuas, glorificaba al Recién Nacido.

Juan Weston y Ricardo Forestall llegaron a la fiesta cuando ésta había alcanzado su más alto esplendor. La presencia de los dos hombres, su aire de serenidad, la energía de sus rostros, conturbó a todos los invitados. Babs, sorprendida por la inesperada llegada, corrió al encuentro de su padre y le abrazó.

—¿Qué significa todo esto?—preguntó Weston,

severamente—. Esta algarazara loca, ¿cómo es posible en mi casa?

—Perdóname, papá. Pero, soy joven y tenía que divertirme... Esto te convendrá a tí también... Reír, gozar de la vida mientras uno pueda...

—No... no... Te encuentro transformada... Pareces otra... Y ¿no ves quién viene conmigo? ¿Es que no le reconoces?

—¡Oh, Ricardo! ¿qué tal?—dijo Babs, saludando a Forestall con dudosa cordialidad.

Este, con una mirada, la obligó a seguirle... Teodoro y Antonio fueron tras ellos. ¿Quién era este hombre severo que parecía desafiarles con su actitud? Y Weston, amargado por lo que veía, retiróse a su viejo cuarto, que le pareció solitario como nunca.

Ricardo comenzó a hablar, temblándole la voz:

—¿Es así cómo has esperado mi regreso?

—Ningún mal veo en ello.

—¿Has olvidado acaso la promesa que me hiciste cuando aceptaste mi anillo de compromiso? ¡La promesa que me ha hecho cruzar el mar por venir a tu lado! ¡Por lo visto, para tí, una promesa no significa nada!...

Teodoro y Antonio escuchaban la escena, estupefactos.

—¿Y porque yo acepté tu anillo te crees con derecho a humillarme delante de mis amigos?—respondió la joven, sulfurada por la indignación.

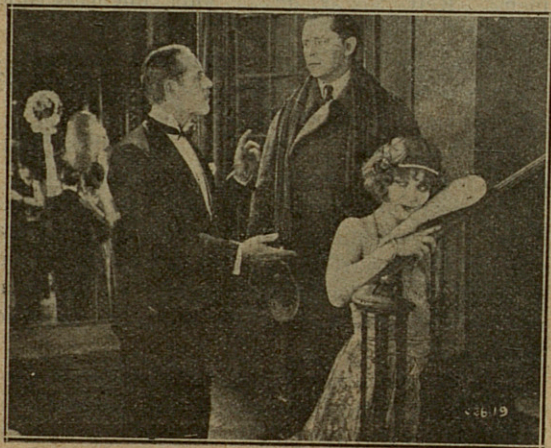
Teodoro creyó de su deber intervenir para defender a la "amada".

—¿Qué se ha creído usted, caballero?... ¿Con qué derecho habla usted a la señorita Weston de esa manera?...



—La señorita Weston es mi novia y, dentro de poco, será mi esposa.

—Me parece que se equivoca usted... Babs es mi novia.



—¿Qué se ha creído usted, caballero? ¿Con qué derecho habla usted a la señorita Weston de esa manera?

—Por lo visto, los dos están ustedes locos—terció Antonio—. La señorita Weston es mi prometida.

Ella callaba no atreviéndose a hablar ante aquellos tres hombres a los que había prodigado toda clase de esperanzas.

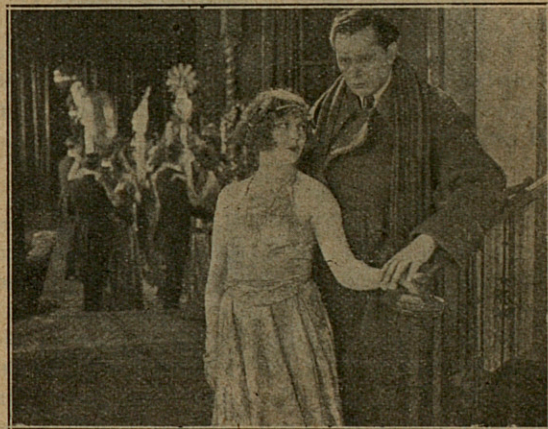
—Antonio... Teodoro... perdonenme—dijo al cabo de un momento de silencio—. Yo les contaré después todo... Ahora déjenme un momento a solas con el señor.

Los rivales se alejaron discutiendo con cierto

acaloramiento. Ellos eran muy amigos, pero el amor de Babs no podía ser para los dos.

Ricardo comprendió el cambio experimentado en el alma de Babs. Nada quedaba de la mujer de antes. Su ingenuidad había desaparecido para dejar paso a las artimañas de la coquetería. Por lo visto, no era él solo el engañado; allí estaban aquellos dos pollos, burlados igualmente por la astucia femenil...

Ella intentó disculparse, queriendo justificar su conducta.



—¿Querías que me esperase todo un año sin saber de tí una palabra? Viendo que no me escribías, supuse que te habías muerto.

—¿Querías que me esperase todo un año sin saber de tí una palabra? Viendo que no me escribías, supuse que te habías muerto.

—Basta. No intentes poner remedio a lo que



no lo tiene. No eres la Babs que yo quería. Peor para ti... Adiós...

—Escúchame, Ricardo...

—No, no... adiós...

Y dejándola, humillada y rabiosa, se dispuso a abandonar la casa. Weston, en el hall, salió a su encuentro.

—¿Se va usted ya?

—Sí, me marchó. Vengo de estar jugándome la vida casi a diario y pensaba obtener otra recompensa. Pero la señorita Weston está completamente transformada y ya nada significa para mí. ¡Hasta nunca!

Y dejando al señor Weston aplanado por la noticia, salió a la calle, dormida todavía en la noche... Suspiró tristemente... Hacía frío... En el cielo las estrellas exhalaban su suave fulgor...

\* \* \*

Siete días más tarde, Ricardo Forestall, rebelde y amargado, corría un temporal en pleno Atlántico a bordo de una goleta que él mismo había fletado.

Mientras tanto, Babs Weston buscaba el olvido, en Nueva York, en el aturdimiento de un baile de trajes, que ella había organizado para despedir al año. Bailó con Teodoro, y después escuchó las palabras amorosas de Antonio.

Les había dado suficientes explicaciones para calmar sus celos. Y los dos jóvenes seguían cortejándola, creyendo cada uno verse correspondido.

—¿Por qué seguir así indefinidamente?—le decía Antonio—. ¿Quieres que nos vayamos esta misma noche a la Habana y allí nos casamos?

Babs aceptó el proyecto con entusiasmo.

—Mira; vamos a pedirle a Teodoro que nos lleve a la Habana en su aeroplano... Rita puede venir también con nosotros, pero no les diremos a ellos a lo que vamos...



*Babs buscaba el olvido en el aturdimiento de un baile de trajes...*

—Y cuando se enteren...

—Figúrate, a Teodoro le va a dar un síncope; pero como a Rita le va a pasar lo mismo, podrán consolarse mutuamente.

Se acercaron a Teodoro, al que Babs, con una alegría indefinible, le dijo:

—¡Teodoro, se me ha ocurrido una gran idea!



Vámonos con Rita y Antonio en tu aeroplano, a desayunar en la Habana.

—¡Magnífico, Babs!... Será un viaje delicioso...



*Bailó con Teodoro...*

Rita aceptó también de buen grado, y los cuatro jóvenes, riendo, fueron a comenzar su aventura con la tranquilidad del que va a almorzar en el restaurante de la esquina. Habían bebido lo bastante para que todo les pareciera sencillo. Estaba tan entusiasmado Teodoro, que pretendió les acompañase también la encargada del guardarrropía, una muchacha guapa que pudo librarse finalmente de los deseos del joven.

Dirigiéronse al hangar, y a poco el aeroplano se remontaba majestuosamente hacia las nubes. Pero en el cielo, éstas, espesas y sombrías, amenazaban tormenta. Comenzóse a oír el retemblar del trueno que prolongaba su eco de terror por el espacio. Pero en el avión, dioses que desafiaban la muerte, las dos parejas mostrábanse ufanas de su aventura.

Comenzó a llover con feroz persistencia. Y al cabo de dos horas, el aeroplano luchaba contra las nubes que descargaban torrentes de agua, aterrizando a sus tripulantes que contemplaban asustados las olas del mar que bullían a sus pies. La tranquilidad había desaparecido de sus corazones y el miedo a la brutalidad de la Naturaleza les hacía considerar su pequeñez.

—¡Qué hemos hecho! ¡Qué hemos hecho!— gemía Babs con un miedo de niña mimada.

Antonio y Rita temblaban, temiendo ser derribados en una de las furiosas embestidas del viento. Teodoro mantenía la dirección del avión, con la firmeza del hombre acostumbrado ya a esas sorpresas, del militar que ha visto de cerca la muerte y no la teme.

Sobre el mar, una gran mancha negra, una isla, les hizo vibrar de esperanza.

—Voy a ver si puedo aterrizar en esa isla... Es nuestra única salvación.

—¡Por Dios, Teodoro!... Procura salvarnos... ¿Qué va a ser de nosotros?

Después de innumerables esfuerzos, cuando ya perdían toda esperanza lograron tomar tierra en la isla. Pero el avión quedó destrozado, inservible para elevarse de nuevo.

Seguía lloviendo con una violencia que pa-



recía no terminarse nunca. Teodoro tenía un pie aprisionado entre las rocas, costando gran esfuerzo libertarle. Demostróse entonces el egoísmo de Antonio que, preocupado por su propia salvación, olvidaba la de los demás. Aquellas cuatro almas frívolas estaban carcomidas por el egoísmo. Sólo Babs, a la que, a pesar de las transformaciones de su carácter, le había quedado lo bondadoso de sus sentimientos, se interesó por el teniente aviador, logrando la libertad de sus movimientos.

Ya libres los cuatro, emprendieron una ruta desconocida hacia el interior, preocupados porque la aventura había acabado de tan desagradable modo.

\* \* \*

Por entre la media luz del crepúsculo matutino, Ricardo Forestall esforzaba su vista para descubrir una isla perdida en el Océano, una isla que traía a su imaginación los recuerdos del pasado.

Al divisar el contorno de su mole obscura, gritó alegremente a su tripulación:

—¡Todos a cubierta, que pronto llegaremos al fondeadero!

En aquella isla, situada a unas treinta millas del continente, vivía el excéntrico padre de Ricardo Forestall, sometido por voluntad propia a las costumbres de principios del siglo pasado.

Adán Forestall, el padre, manifestaba prácticamente su resentimiento contra todo lo moderno, conservando en su casa las tradiciones y modo de vestir de sus antepasados, hacia los cuales sentía respetuosa veneración.

Todo era viejo, todo parecía enmohecido en aquella casa, reñida con la modernidad.

Débora, la hermana del viejo Adán, había vivido siempre soltera. Le acompañaba Marta, la hija de Adán, que, viuda desde muy joven, llevaba una existencia recogida. Aquel cuadro de figuras antiguas como arrancadas de un lienzo empalidecido por el tiempo, se completaba con la persona de Blivens, el mayordomo, hombre de intachable conducta y tan antiguo como sus amos.

La tempestad rugía aquella noche. Llegaba hasta la casona, tibia y confortable, el bramido del mar, queriendo lanzarse sobre la isla. Los relámpagos proyectaban en el comedor sus serpentinillas brillantes. El viejo Forestall, sentado junto al fuego, en un sillón de pasada época, dijo a Débora:

—Siempre que hay una tempestad, me acuerdo del día en que, hace diez años, Ricardo y yo tuvimos una infortunada desavenencia. ¿Te acuerdas, Débora, que hacía una mañana tempestuosa cuando Ricardo se marchó?

Débora lanzó un suspiro.

El anciano continuó con su voz rota por los años:

—Si su madre hubiera vivido, tal vez hubiese sabido domar su espíritu rebelde que siempre chocaba con el mío.

Callaron los dos, evocando a la madre muerta que con su ternura de buena mujer habría logrado impedir la partida del hijo.

—¡Pobre Ricardo! — respondió Débora — ¿Dónde estará en este momento?

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando la puerta se abrió violentamente, irrumpiendo



en el comedor un grupo de hombres, marineros al parecer. Al frente de ellos iba Ricardo Forestall, que saludó alegremente a los suyos, después de tantos años de ausencia. Pasado el primer momento de efusión, Ricardo presentó a los hombres que le acompañaban.

—Son mis compañeros de a bordo. Gente de armas tomar, pero es la que me conviene para hacer frente a una aventura peligrosa.

Los tripulantes reían, alborotando aquella mansión silenciosa de ordinario. El hidalgo Adán Forestall no pudo reprimir un gesto de repulsión contra aquella turba de hombres sucios. ¡Ah! ¡Su hijo no había cambiado, sino que continuaba viviendo con gentes aventureras y peligrosas!

—He fletado una goleta—prosiguió el joven—y me dirijo a la costa mejicana a ayudar a los revolucionarios. Me hace falta dinero, y quiero, padre, que usted me lo facilite.

—No cuentes con un solo centavo mío, hasta que hayas sentado la cabeza y llesves la vida ordenada de tus antepasados.

Y su cabeza se irguió para mirar los retratos orgullosos de sus ascendientes que decoraban el comedor.

—Hombres de inmaculada integridad—continuó con una exaltación creciente—, tus antepasados y yo, por medio del trabajo honrado, amasamos esta fortuna que tú pretendes disipar en una desaforada aventura.

—Padre mío, parece que usted se olvida de aquellos otros antepasados míos que no sabían lo que era el trabajo honrado: los piratas, los contrabandistas, que se confeccionaron sus propias leyes, como yo me confecciono las mías.

—¿Has venido aquí a desacreditar nuestra estirpe?

—No, sino a hecerte ver la verdad. Aquellos hombres, bandidos y piratas, fueron los que realmente echaron los cimientos de la fortuna de la familia y llenaron nuestras bodegas de la isla de vinos de Jerez y de Oporto, de incalculable valor, traídos de contrabando.

—¡Oh, basta, basta!...

—He decidido participar de esta riqueza—prosiguió el hijo impertérrito—, y el que yo me niegue terminantemente a adoptar su excéntrico modo de vida, no es suficiente motivo para que me prohíba contribuir a la causa de un pueblo oprimido.

Aquel duelo trágico entre padre e hijo era escuchado con ansiedad por la familia Forestall y los tripulantes de la goleta.

—¡Es inútil cuanto digas! ¡No obtendrás ni un céntimo!—rugió Adán.

—¡Con su actitud no me deja usted más que un camino abierto! ¡Tomaré por la fuerza lo que no se me quiera dar de buen grado! ¡Voy a ser el amo de esta casa, durante unos días! ¡Nadie tiene que temer nada mientras mis órdenes sean cumplidas!

El viejo temblaba de indignación. ¡Oh! ¿Cómo impedir todo aquello? ¡Imposible! ¡Estaba la fuerza bruta del número. Y aquellos hombres eran capaces de cometer alguna barbaridad.

—Bien. No pareces mi hijo. Haz lo que te parezca. Tú y tus hombres sois los dueños de mi casa.

—Antes de nada, tiene usted que proveerme de ropa seca.



—Todo está a tu disposición. Pero por lo menos, en ese respecto, no tendrás más remedio que pasar por lo que tú llamas mis excentricidades. No puedo ofrecerte más ropa que la que aquí tenemos.

Y le mostró los trajes antiguos, que a falta de otros, prestaron sus buenos servicios a los tripulantes de la goleta y a su capitán.

Mientras tanto, después de algunas horas de vagar sin rumbo por la solitaria isla, que era la misma donde vivían los Forestall, Babs y sus compañeros de alegría e infortunio encontraron, por fin, un lugar donde cobijarse. Era la casa donde se hallaba Forestall al que, por azares de la vida, iban a encontrar de nuevo en aquella tierra alejada de Nueva York.

El mayordomo Blivens <sup>parecía</sup> sentir la llegada de los nuevos huéspedes.

—Cuando la nariz me pica es que van a llegar más forasteros.

Y, en efecto, poco después, las dos elegantes parejas penetraban en la ya alborotada casa de los Forestall. Los cuatro jóvenes quedaron asombrados ante aquel cuadro viviente de antigüedades.

—Pero ¿qué es esto? ¿Hemos retrocedido un siglo?—se preguntaron.

No parecían guardar las etiquetas de sociedad, y gritaban los cuatro, a voz en coro:

—¡Comida! ¡Queremos comida!

—Señores, ¿de dónde vienen ustedes?—preguntó Adán Forestall, malhumorado por cuanto ocurría:

—¡Venimos de las nubes!—respondió Babs, riendo—. Somos unos viajeros extraviados que hemos caído del cielo. Es decir, de un aeroplano.

Queremos comer, señor; no demoréis la comida.

Adán, a quien la presencia de aquellos jóvenes le hizo riquísima gracia, después de tener invadida la cocina de tripulantes foscas y rudas, no tuvo otro remedio que ceder a las leyes de la hospitalidad. Y les proporcionó espléndida comida y ropa seca para substituir los trajes empapados.

Los jóvenes comieron con buen apetito, hasta que se presentó Ricardo Forestall que creyó soñar viendo aquella escena inesperada. ¿Qué significaba aquello? ¿Cómo era posible que Babs, la novia adorada, que desdenara luego, viéndola juguete de sus caprichos, estuviera en su casa a tantos kilómetros del lejano Nueva York, en una isla desierta, casi sin comunicación con el mundo? ¿Realidad o Ficción?

—¡Ricardo Forestall!—exclamó Babs no menos sorprendida—. ¿Qué haces tú aquí, en medio de estas antigüedades?

—Y a tí ¿qué te trae por aquí con ese par de pisaverdes?

Los aludidos protestaron. Ella intentó explicar aquella aventura que tan cara les costaba. Pero en el alma de Ricardo se iba encendiendo una luz nueva que acabó por hacerle sonreír. Aquella Babs tan orgullosa, aquellos jóvenes, brillantes muñecos de salón, estaban en su poder. En la isla no había otra gente que los Forestall. Y él contaba para defenderse con un numeroso grupo de hombres dispuestos a cualquier contingencia. ¡Oh, qué ocasión tan propicia para vengarse de aquellos seres inservibles!

—Aquí soy yo el que mando—les dijo—. Tendréis que darme cuantas explicaciones os pida.



Sois mis huéspedes. No tendréis otro remedio que obedecerme.

Su figura parecía agigantarse, crecer. Adán le miraba con ira mal encubierta. Su hijo se había erigido en dueño y señor.

Los huéspedes no comprendían aquella actitud. Y transcurrió la comida en silencio, como meditando...

\* \* \*

Aquella noche, Forestall mandó sacar el aeroplano de las rocas. Fué con Teodoro a la costa y recogió el aparato de radio.

—Supongo—le dijo al joven, con terrible sonrisa—que este es el aparato de radio que usted busca.

—En efecto. E intentaré con él comunicar con el continente para que vengan a recogerme.

—¡No lo hará usted!

—¿Por qué motivo?

—¿Ve usted este aparato? Pues mire.

Y lo empotró contra las rocas, destrozándolo.

—¡Oh! ¿Qué ha hecho usted? ¡Es usted un miserable y un canalla!—exclamó el joven, fuera de sí.

—Calma, señor, paciencia, que simplemente está empezando usted a vivir.

Teodoro estaba desesperado. ¿Es que aquel hombre les iba a secuestrar? Cuando regresaron a la casa, el joven explicó a sus amigos lo que había sucedido.

—No me fué posible comunicarme con la costa... Forestall destruyó el aparato.

Babs, Rita y Antonio comenzaban a preocuparse. ¿Dónde habían caído? Ricardo se acercó al aviador y le dijo con una sonrisa de hielo:

—¿Quiere usted hacer el favor de repetir lo que me ha dicho en la playa?

—Sí, que es usted un cobarde, un miserable y un canalla.

Le faltó tiempo para decir más. El férreo puño de Ricardo le derribó en tierra. Los otros huéspedes sintieron el escalofrío del terror.

—En esta casa no hay más autoridad que la mía, y si a alguno de ustedes se le hace difícil obedecerme, yo le acostumbraré a ello—les dijo, con una mirada glacial.

Imponía su férrea autoridad de señor, de dueño absoluto de la isla. Todos callaban sintiendo el miedo que les causaba aquel hombre medio salvaje. Acercándose Ricardo a Babs, intentó besarla y ella esquivó con sus brazos el avance del enamorado.

—No me toques... No me toques...

—¡Bah!—respondió él, renunciando a la lucha—. Por lo visto no quieres dejarte besar, porque tienes los labios pintados y comprendes que eso es una porquería.

Y señalando la puerta de la cocina ordenó:

—Vé a lavarte la cara.

Ella tuvo que obedecer, sintiendo por primera vez que alguien dominaba su orgullo de coqueta. La cena fué triste, una cena de la que estaba desterrada la confianza. Continuamente sonaban las palabras de Ricardo como órdenes sin apelación. El viejo Adán, perdida su autoridad paterna, dejaba hacer, lamentando que su hijo se pareciera a aquellos antepasados "piratas".

—¡Coma usted más! ¡Basta de vino! ¡Ya ha bebido usted bastante! ¡Vaya usted más aprisa!

Cruzaban constantemente estas órdenes, con una



rudeza de violenta disciplina. Cuando terminó la comida se levantó un momento Ricardo, dirigiéndose a la cocina a hablar con el mayordomo.

Los cuatro jóvenes comentaron en voz baja su terrible situación. Rita estaba furiosa. Antonio y Teodoro consideraban que el capricho de Babs les había traído a tan humillante momento.

—¿Qué podemos hacer contra esta tiranía? Lo hace por vengarse de lo que le dije la noche de Navidad—decía Babs, amargada.

Reapareció Ricardo, acompañado del mayordomo.

—¡De hoy en adelante—dijo—sólo los que trabajen tendrán derecho a comer! Mañana hay que comenzar a sacar todo el vino que hay en la bodega, para llevarlo a bordo de mi goleta.

Los cuatro amigos le miraron con estupefacción.

—Blivens, usted se encargará de que se cumpla mi orden.

—Como usted mande, señorito.

—A usted, padre—continuó Ricardo—, siento mucho tener que molestarle, pero sería conveniente que se mudase usted a otra ala del edificio, por unos días, si quiere estar más cómodamente.

—No me importa dónde he de reposar la cabeza, con tal de que no sea bajo el mismo techo que te cobija a tí—le respondió su padre, saliendo de la habitación donde su hijo trataba a las gentes con un despotismo inaudito.

Ricardo proseguía su obra de dominación. Quería humillar a los que le habían humillado, haciéndoles sentir toda la fuerza de su poder.

—Usted, Antonio, y la señorita Rita Graham,

se encargarán de las faenas de la casa. La señorita Weston hará la comida.

—¡¡Nosotros!!—exclamó Babs—. ¡Pero si yo jamás he entrado en una cocina!

—No importa. Hay que hacerlo. Y usted, Teodoro, trasegará el vino y hará lo que le mande Babs.

—Es que yo...

—Ni una palabra... Y ahora, todo el mundo a dormir.

Y con la severidad de un cuartel, cada cual entró en su cuarto. Eran tantas las emociones de aquel día que a poco todos dormían profundamente, soñando con que al día siguiente despertarían en un ambiente mejor.

A la otra mañana, a las cinco, el mayordomo comenzó a despertar a sus huéspedes.

—Son las cinco en punto. Ya es hora de levantarse.

Antonio y Teodoro se miraron asombrados.

—¿Hora de levantarse, las cinco? ¡Vamos, hombre; en Nueva York, a las cinco de la mañana, acostumbáramos a irnos a la cama!

Volvieron a embozarse entre sábanas. A ellos nadie les sacaba del lecho a hora tan intempestiva. Pero entró Ricardo, arreglado ya, ágil y fuerte, y echó un jarro de agua helada sobre sus cabezas que inmediatamente se desvelaron.

Media hora después, toda la casa estaba en movimiento. Babs, muñequita de ensueño, ocupaba ahora el cargo de princesa de la cocina.

—Pon la mesa pronto, que tengo un hambre que no veo!—ordenó Ricardo.

A pesar del hambre, apenas desayunó. ¡Valía tan poco lo que Babs había preparado!



Entretanto, Teodoro, Antonio y Rita trabajaban como negros, el primero trasegando vino al lado de los rudos tripulantes de la goleta que reían de él, viéndole tan débil, y los dos últimos en las interminables faenas de limpieza de una casa enorme. Aquel trabajo parecía, sin embargo, unir con los místicos lazos de la compasión a Antonio y a Rita. El primero no pensaba ya en Babs a la que hacía responsable de cuanto ocurría, y sentía, en cambio, por Rita una honda piedad.

Llegó la hora de comer. Presidía la mesa Ricardo Forestall acompañado de los cuatro jóvenes. No hay que decir que las manos de Babs no se hicieron para condimentar manjares. Presentó una comida horrible que invitaba... a no comer.

—El desayuno ha estado malo de verdad—comentó Ricardo—, pero esta comida está peor... Procura hacerlo mejor en adelante.

Babs estalló en un arrebato de indignación:

—No tienes derecho a tratarnos como a unos esclavos. Ya sabías tú que yo no había cocinado en mi vida. ¡Haces muy mal, te portas muy mal, Ricardo!

La diatriba de Babs dió ánimos a los jóvenes para protestar a su vez.

—¡Ya estoy harto de que se me trate como a un esclavo! ¡No quiero recibir más órdenes de nadie!—dijo Teodoro.

—¡Esto ha ido ya demasiado lejos! ¡O nos da usted la libertad o nos sublevamos!—exclamó Antonio.

—¡Libertad! ¡Están ustedes buenos para hablar de libertad! ¿Qué hicieron ustedes de su libertad cuando la tenían, súbditos despreciables de Su Majestad el Jazz-Band?

Todos enmudecieron.

—No es usted capaz de trabajar como los "hombres"—le dijo a Antonio—. Y tú, Babs, ¿no sabes guisar, lavar y coser? ¿No sabes hacer más que bailar, coquetear y burlarte de los hombres que te aman?

Les acusaba enérgicamente, censurando sus vidas dedicadas al lujo, sin ningún conocimiento práctico.

—Y usted, Teodoro, ¿no es lo suficientemente hombre para pelear por la mujer que ama?

Teodoro calló. Sentía deseos de abofetearle, de cruzar cien veces su cara.

Habían terminado de comer. Pero las provocaciones de Ricardo continuaban con más intensidad que nunca, y mirando a Babs, le dijo con voz acariciadora:

—Tú creíste sin duda que podías tratar a los hombres que te amaran como a verdaderos muñecos... Y yo voy a tratarte a ti ahora de la misma manera.

Y la besó, en los labios rojos. Y aquella audacia dió a Teodoro la energía suficiente para defender a la mujer que quería. Lanzóse contra Ricardo y lucharon los dos en un combate rudo y equilibrado de fuerzas. La victoria, veleidosa, se inclinó finalmente por Teodoro.

Y Forestall, sin guardar rencor a su adversario, le tendió la mano, diciéndole:

—¡Eres un valiente! Dispénsame si me había equivocado al juzgarte.

Algo parecía haberse transformado de pronto en el alma del dominador. La energía viril de Teodoro, no soportando las últimas humillaciones, le había hecho reflexionar sobre lo dudoso de su



conducta. No, no tenía derecho a retenerles por más tiempo allí. Eran libres y podían vivir a su antojo la existencia.

—Confieso que he obrado mal, señores—dijo Ricardo—. Perdónenme por las molestias que les he ocasionado. Mañana, al amanecer, me haré a la mar. Voy a pedir un barco al continente y daré instrucciones por radio para que vengan a buscarles.

Se alejó de allí, arrepentido de su comportamiento. Quedaron, los jóvenes, sorprendidos por aquel cambio inesperado.

—Después de todo, tiene mucha razón para odiarnos—comentó Babs—. Casi todo lo que nos ha dicho es cierto. No servimos para nada, somos seres inútiles que puestos en plena fiebre de trabajo, tenemos que renunciar a vivir. Ricardo nos ha dado una lección. Es verdad, no se puede ser un mueble de lujo.

Antonio y Rita, ante el anuncio de su próxima liberación, volvían a sentirse alegres. Comprendía el joven que no le unía a Babs otra cosa que un capricho pasajero, mientras que sentía por su verdadera novia todas las ternuras del primer amor. Sí, sí, volver cuanto antes a Nueva York y allí fundar un nido.

También Teodoro, junto a Babs, la hablaba del cariño que sentía por ella. Pero algo parecía impedir a la joven una revelación inmediata. La actitud de Ricardo, la energía que había demostrado le habían causado impresión.

—Teodoro, antes de contestarte definitivamente, quisiera estar segura de que te amo.

—Lo único que deseo es hacerte feliz, Babs.

—Quiero reflexionar una noche; mañana te contestaré.

Las horas de aquella noche fueron de meditación para todos. Después de pensarlo debidamente, Ricardo se dió cuenta de que siendo él un rebelde, era quien menos derecho tenía a condenar a la que se rebelaba contra su propia promesa.

Pedirle perdón al padre y obtenerlo, no era difícil, pero Babs... ¿sabría comprender y perdonar?

—¡Ay! Lo malo era que no podía olvidarla. Había querido encerrarse en la isla de su padre, huyendo para siempre de aquella criatura casquivana, y el azar ponía en su lejana casa a su antigua novia. Su conciencia le recriminaba haberse portado duramente con ella. Babs podía quererle o rechazarle a su gusto; y él la había tenido casi prisionera, obligándola a desempeñar las faenas más humildes. ¡Bah! Que siguiera el mundo su destino. El enibarcaría en su goleta, a luchar al lado de los mejicanos, desesperado y buscando cuanto antes morir.

También en el alma de Babs los acontecimientos anteriores habían transformado sus sentimientos. Ya el cascabeleo del *jazz-band*, que bailara en su corazón, dejaba de sonar en él. Pensó en su padre y en la casa de Nueva York, con sus alegres días sencillos y apacibles. Recordó sus tiempos de novia, y le pareció que Ricardo representaba todo lo bueno y amable de su vida.

Teodoro y Antonio no eran para ella, lo comprendía bien, otra cosa que caprichos. No podía amarles. Y así, claramente, lo manifestó a Teo-



doro, cuando éste, trémulo de ilusión, fué a buscar la respuesta prometida.

—Teodoro, lo siento mucho, pero es preciso que te lo diga... Amo a Ricardo y estoy segura de que sin él no sería nunca feliz.

—Mirame bien, Babs. Te quiero mucho. ¿Por qué me niegas tu cariño?

—No, Teodoro, no. Tenía razón Ricardo al llamarnos Súbditos de Su Majestad el Jazz-band. No servíamos para nada útil, todo nos fatigaba porque a ningún esfuerzo estábamos acostumbrados. El me ha hecho conocer esas cosas. Olvídame y procura encontrar una mujer que sirva para algo.

En vano Teodoro suplicó, porfió con una insistencia desesperada.

—Es inútil. No ruegues... No puede ser.

—Cierto. Te veo decidida a ser de Ricardo. Pero yo, que demostré ser un hombre al luchar con mi rival, lo seré también en lo sucesivo. ¡Adiós!

Emprendió veloz huída hacia la costa, en dirección a la goleta, llena de marineros, que comenzaban los preparativos de la partida.

Babs le vió partir, y sus ojos se fijaron en otro hombre que se encaminaba también hacia la playa. Era Ricardo. Le llamó, con un grito de júbilo:

—¡Ricardo! ¡Ricardo!

—¡Babs! ¿Qué quieres?

—¡Ricardo! ¿Me creerías si te repitiese ahora lo que te dije cuando nos despedimos el año pasado?

Le miraba suavemente, queriendo transmitirle el ardor de sus ojos soñadores. Le pareció a Fo-

restall que latía demasiado aprisa su corazón. ¡Oh, aquellas palabras! ¿No era la felicidad que buscaba?

—¿Te acuerdas de entonces? Nos despedíamos en la estación y yo te prometí: "Esperaré tu regreso. Guardaré fielmente tu amor"... Pues bien, Ricardo, después de todo lo ocurrido, te repito que te quiero.

—Pero, Babs... ¿Es posible? ¿Y Teodoro...?

—Teodoro no significa para mí nada serio. Me has dado una lección excelente, que no olvidaré nunca.

—Si es así, Babs, si es así... ¡te adoro!

Y sus labios sellaron el pacto de sus corazones.

Poco después, Babs recibía una carta de Teodoro:

*Dile a Ricardo que me voy a llevar su dinero a sus amigos los revolucionarios mejicanos y a pelear por él. Conservad un rincón en vuestras almas para un hombre que jamás podrá olvidaros. Adiós.*

*Teodoro*

Y al día siguiente, el buque pidió por Forestall, retornaba a Nueva York a las dos parejas, Ricardo y Babs, y Antonio y Rita, que en la isla habían aprendido a amarse.

Ricardo era feliz; había logrado también que su padre le perdonara su existencia aventurera, sus aires de dominador, y se llevaba la mujercita más linda de la tierra para hacerla reina de su hogar.

FIN

Con esta novela exija usted la postal de Cullen Landis



**C**OLECCIONE USTED LOS  
SUGESTIVOS LIBROS DE LA  
BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

CUYOS TÍTULOS SON  
LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Nadie. — El triunfo de la  
mujer. — El prisionero de Zenda. — El  
joven Medardus. — Los enemigos de la  
mujer. — Una mujer de París. — El Corsario.  
— Para toda la vida. — Cyrano de  
Bergerac. — De mujer a mujer. — La Her-  
mana Blanca. — El milagro de los lobos.  
¡¡ París...!! — Venganza de mujer.

Precio de cada libro:

**UNA PESETA**

Teresa de Ubervilles — Maciste, Empe-  
rador. — Lirio entre espinas. — El que  
recibe el bofetón. — Rómula. — Janice  
Meredith. — El Fantasma de la Ópera.  
El trono vacante. — El Caid. — Madame  
Sans-Gêne. — América. — Cuando las  
mujeres aman. — El Capitán Blood. — Más  
fuerzas que su amor. — Ella... — Dema-  
siadas mujeres. — Nobleza baturra. — Ce-  
nizas de odio. — El Rajá de Dharmagar.  
El difunto Matias Pascal. — La marca de  
fuego. — Los hijos de nadie. — Pesca-  
dor de Islandia. — La octava esposa de  
Barba-Azul. — El beso de la victoria

Precio: **50 cts.**

Pida en todos los quioscos el último gran  
éxito:

**El proceso de Nancy Preston**

Interesantísimo asunto lleno de emoción

MAGNÍFICO ASUNTO

¡¡ SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR !!



## **IMPORTANTE**


### **Al público**

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan, de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España.

¡¡ Es, pues, el momento de completar las colecciones !!

## **IMPORTANTE**

### **A los corresponsales**



Con el fin de que puedan contentar a todos sus clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas sus publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, DIARIOS, REVISTAS Y PUBLICACIONES, S. A., Barbará, 16, BARCELONA; Ferraz, 21, MADRID; Ferrocarril, 20, IRÚN.